

## PIEDAD Y REPUGNANCIA, LÁGRIMAS Y ARCADAS

**Introducción.** Cada día atravesamos circunstancias de todo tipo. Pasear por los escenarios de nuestro entorno nos lleva a compartir momentos muy agradables con conversaciones que alimentan la vida. Y en otros casos situaciones llenas de dolor y de desesperación. Visitar un tanatorio, o celebrar una misa funeral, o participar en la fiesta del nacimiento de una nueva vida, o el sí definitivo de dos personas que deciden comprometerse para toda la vida. Y en medio del quehacer diario la fe nos promete vivir el equilibrio y la calma que nace de la vivencia acompañada de nuestros días.

***“El Señor es mi pastor, nada me falta, en verdes praderas me hace recostar; me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas; me guía por senderos de justicia como pide su título. Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo: tú vas conmigo; tu vara y tu cayado me sosiegan. Me pones delante una mesa frente a mis enemigos; me unges con perfume la cabeza, y mi copa rebosa. Tu bondad y lealtad me escoltan todos los días de mi vida; y habitaré en la casa del Señor por días sin término.” Sal 23.***

La realidad es la que activa nuestra búsqueda del Señor. Las situaciones que activan nuestra compasión, nuestra piedad, suelen ser las que nos enfrentan a situaciones de desvalimiento. Cuando nos acercamos a un sufriente del tipo que sea, físico a causa de una enfermedad, psicológico por algún desajuste mental, moral originado por adicciones o por conflictos con personas cercanas, nos regala el Señor ser escucha, ser presencia compasiva, empatía, acogida, comprensión y en la medida de lo posible palabras de consuelo y de esperanza.

**Lo que Dios nos dice. *“Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios: hablad al corazón de Jerusalén, gritadle que se ha cumplido su servicio y está pagado su crimen, pues de la mano del Señor ha recibido doble castigo por sus pecados. Una voz grita: En el desierto preparad un camino al Señor; allanad en la estepa una calzada para nuestro Dios; que los valles se levanten, que montes y colinas se abajen, que lo torcido se enderece y lo escabroso se nivele; y se revelará la gloria del Señor y la verán todos los hombres juntos –ha hablado la boca del Señor.” Is 40,1-5.***

Palabras de consuelo frente al hermano solo y desvalido. En la práctica de la escucha y la misericordia nuestro corazón se va identificando cada día más con el de Dios. Él nos regala sus entrañas de compasión y nos posibilita la creatividad del que asume como propio el dolor ajeno. Pero hay otras situaciones de injusticia, de opresión, de mentira y falsedad que nos activan el principio de la repugnancia, del rechazo, de huida. Es cierto que no podemos permanecer impasibles frente a la explotación de los hermanos más débiles e indefensos. Como tratan en algunos ambientes a los inmigrantes, o a los vagabundos de las calles, el olvido de los mayores, los abusos a menores. Cuando en las conversaciones oigo hablar de pederastia, de violaciones, de maltrato se me remueven las entrañas y no de compasión, sino de rabia, de santa ira. Con el espíritu de los profetas.

Emergen como figuras que activan la lectura creyente de los acontecimientos, despertando a la conciencia de ser acompañados en medio de circunstancias de desolación, de falta de justicia, de deportaciones, de invasiones extranjeras. En tiempos convulsos y de aparente disolución de las instituciones tradicionales, como los que vivimos en la actualidad, es necesario mantener el ánimo y el aliento, la confianza y la alegría depositadas en el Dios amigo de la vida, que no nos deja huérfanos, sino que a través de muchos acontecimientos que se nos escapan a nuestras claves interpretativas, es capaz de conducir nuestras vidas a su encuentro. Fue mérito de los profetas avivar ilusiones en tiempo de desencanto. Tan decisivo sería su impulso que hasta de la esclavitud y de la injusticia se tornó crisol y esperanza en la actuación de Dios que piensa en los últimos.

¿Cómo hacerla realidad? En ello puso el profetismo su máximo afán. Muchos siglos nos separan de aquellos profetas de Dios, pero su aportación sigue siendo válida para la predicación en nuestro contexto actual. En nuestro mundo donde somos testigos de tantas injusticias, explotaciones, y violación de los derechos de las pobres, se nos impele a vivir un anuncio como el de los profetas, que denuncie las espirales de violencia y de egoísmo que, priorizando el capital y los beneficios, utiliza al ser humano como medio de producción, olvidando su dignidad inalienable.

***“Señor Dios mío, te pedí auxilio y me sanaste. Señor, alzaste mi vida del Abismo, me hiciste revivir cuando bajaba a la fosa. Escucha, Señor, ten piedad, Señor, socórreme. Cambiaste mi luto en danza, me desataste el sayal y me ceñiste de fiesta. Así te canta mi alma sin callar, Señor Dios mío, te daré gracias siempre.” Sal 30,3-4;11-13.***

Todos pasamos momentos donde se nos derraman las lágrimas, por el dolor vivido, por el sufrimiento del otro. Las lágrimas a veces se convierten en arcadas, en ganas de vomitar, de expulsar de nuestro interior tanta bilis acumulada. Esa sensación agónica y de náusea. De profundo desacuerdo y rechazo a tantas situaciones que roban la vida y la ilusión. Pero hay formas de mirar la realidad que activan la confianza y seguridad de que Dios nos falla.

**Como podemos vivirlo. *“Hijo mío, cuando te acerques a servir al Señor, prepárate para la prueba; mantén el corazón firme, sé valiente, no te asustes cuando te sobrevenga una desgracia; pégate a él, no lo sueltes, y al final serás enaltecido. Acepta cuanto te sobrevenga, aguanta enfermedad y pobreza, porque el oro se acrisola en el fuego, y los elegidos, en el horno de la pobreza. Confía en el Señor, que él te ayudará; espera en él, y te allanará el camino. Los que respetáis al Señor, esperad en su misericordia, y no os apartéis para no caer; los que respetáis al Señor, confiad en él, que no retendrá vuestro salario hasta mañana; los que respetáis al Señor, esperad bienes, gozo perpetuo y misericordia. Repasad la historia y veréis: ¿quién confió en el Señor y quedó defraudado?, ¿quién esperó en él y quedó abandonado?, ¿quién gritó a él y no fue escuchado? Porque el Señor es clemente y misericordioso, perdona el pecado y salva del peligro.” Eclo 2,1-11.***